

fundado que el de Vmd.; pero todo bien considerado ambos los tengo por vanos. Quando Lucrecia no haga gran ruido por sus gracias personales, á lo menos no representa tan mal que pueda temer verse despreciada.

Siguió nuestra conversacion por algun tiempo, y en el discurso de ella descubrí en Lucrecia mucha agudeza y un entendimiento lleno de viveza y penetracion. Despedíme al fin de las dos, protestando que inmediatamente se hallarian con orden intimándolas que luego luego se transfiriesen á Madrid.

CAPITULO II.

Da Santillana cuenta de su comision al Ministro; le encarga éste disponga la venida de Lucrecia á Madrid; llega á la Corte, y su primera representacion en el teatro.

Quando volví á Madrid encontré al Conde Duque muy deseoso de saber el suceso de mi viaje. Y bien, Santillana, me dixo, ¿viste á nuestra comedianta? Merece que se le haga venir á la Corte? Señor, le respondí, la fama que comunmente pondera mas de lo justo, lo singular de las gentes, se quedó muy atras en celebrar la belleza de Lucrecia. Es un milagro de hermosura, y un prodigio de talentos. ¡Es

¡Es posible! exclamó el Ministro con una interior satisfaccion que se leía en sus ojos, y me hizo sospechar que mi viage á Toledo habia sido por su interes personal. ¿Es posible (vuelvo á decir) que Lucrecia sea tan amable como me dices? Quando V. E. la vea, proseguí yo, conocerá que no es dable alabarla sin que en el mayor elogio pierda mucho de su mérito. Santillana, replicó el Ministro, quiero que me hagas puntual y menuda relacion de tu viage, porque tendré particular gusto en oirla. Tomé luego la palabra para obedecerle, y le conté quanto pasó, encaxándole hasta la historia de Laura *inclusiue*. Dixe que Lucrecia era hija de Laura, y del Marques de Marialva, caballero que viajando la habia conocido en Granada. Finalmente, quando le acabé de contar todo lo que habia pasado entre aquellas comediantas, me dixo: no sabes cuánto me alegro saber que Lucrecia es hija de un hombre distinguido. Esta circunstancia me obliga á interesarme por ella mas y mas. Así, pues, hazla venir quanto antes á la Corte; pero guárdate bien, añadió, de que mi nombre se tome en boca en todo este negociado: para nada, para nada he de entrar yo en él: todo ha de sonar manejo puro y neto de Gil Blas de Santillana.

Fuíme derecho á verme con Sotero, díxele que el Rey queria se despachase luego una orden, en que se expresase como S. M. habia tenido por bien recibir en la Real compañía cómi-

mica de su teatro á Estela y á Lucrecia, actualmente agregadas á la de Toledo. Caspitina, señor Santillana, me respondió Sotero con una risita burlona, Vmd. será servido prontamente, porque segun todas las señas se interesa mucho su buen gusto por estas dos damas. Con efecto, extendió la orden á mi vista, entregómela, dexando á mi cuidado su despacho, y yo sin perder tiempo la envié á Toledo por el mismo lacayo que me habia acompañado en mi viage á aquella ciudad. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija. Apeáronse en una posada á pocos pasos del teatro ó corral del Príncipe, y su primer cuidado fue darme aviso de su arribo por medio de un billete. Pasé al punto á visitarlas, y despues de mil recíprocos cumplimientos, las dexé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas: deseándolas fortuna, y aplausos, de lo que ya casi no dudaban.

Publicóse al instante que dos nuevas comediantas, recién agregadas á la compañía cómica del Rey saldrian tal dia á hacer sus papeles; y dieron principio á su representacion con una comedia escogida que habia agradado mucho en Toledo siempre que se representaba, y por lo mismo la repetian muchas veces.

En todo el mundo se gusta de la novedad quando se trata de espectáculos. El concurso de este dia al teatro fue verdaderamente extraordinario. Bien se puede creer que yo no faltaria. Confieso que estuve no poco sobresaltado antes que

que se diese principio á la pieza. En medio de mi gran prevencion á favor de la habilidad de hija y madre estaba con temor del buen éxito: tanto me interesaba por ellas; pero mi temor solo duró mientras las dos tardaron en abrir la boca. Luego que hablaron se disipó mi sobresalto con los vivas, aplausos y palmadas que por largo tiempo resonaron en aposentos, patio, gradas, y cazuela. Todos celebraban á Estela como una actriz completa para los papeles serios, y á Lucrecia como un prodigio para lo cómico. Esta última se levantó con los corazones de todos. Unos admiraban la brillante viveza de sus hermosísimos ojos; á otros les encantaba su dulcísima y delicadísima voz; y todos admirados de sus gracias no menos que de su modesto despejo añadido á lo florido de su juventud y garbo, salieron como hechizados de su persona.

Concurrió aquella noche á la comedia el Conde Duque, el qual se interesaba mas de lo que yo creía en el lucimiento de aquella tierrecita Comediante, y le ví salir muy satisfecho, á lo que me pareció, de la madre y de la hija. Seguile deseoso de saber si me habia engañado ó no en mi juicio, y entrándome tras de él en su gabinete: Y bien, Señor Excelentísimo (le dixé) ¿está contento V. E. de madamita Marialva? Mi excelencia me respondió sonriéndose, seria una excelencia bien ridícula y muy descontentadiza si no conformára su voto con el

el del público. Si, amigo: Lucrecia me llenó, y no dudo que el Rey gustará verla.

CAPITULO III.

Hace Lucrecia gran ruido en la Corte; representa á presencia del Rey, que se enamora de ella; sucesos de estos amores.

Al instante se divulgó por Madrid, llegando hasta la Corte, la voz del grandísimo aplauso de las dos nuevas comediantas. Hablóse de ellas al día siguiente en el quarto del Rey. Dos Señores alabaron tanto á Lucrecia, y la pintaron tan hermosa, que el retrato dió curiosidad al Monarca, el qual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que afectaba no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se quedó á solas con el Conde Duque le preguntó quién era aquella comedianta á quien tanto alababan. Es, señor, (le respondió el Ministro) una jovencita comedianta de Toledo, que por primera vez se dexó ver ayer en el teatro, y se grangeó las aclamaciones de todos. Llámase Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana, y éste me dixo tantas y tan buenas

CO-

cosas de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el Rey quando oyó mi nombre, acordándose quizá en aquel momento que por mañana habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el Rey dixo al Ministro: Conde, mañana quiero oír representar á Lucrecia: encárgote que cuides de que se lo digan.

Contóme el Conde Duque esta conversacion que habia tenido con el Rey, y me mandó ir á la posada de Laura á avisarla del favor que S. M. las queria dispensar. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera, vengo (la dixé) á daros una gran noticia. Mañana quiere veros y oiros en el teatro el Soberano; así me ha mandado el Ministro que os lo prevenga. No dudo que tanto tú como tu hija hareis quanto podais y sepais para desempeñaros y corresponder al honor que el Monarca quiere haceros. Para eso os aconsejo que escojais una pieza en que haya bayle y música, para que lo puedan lucir los grandes talentos que en una y otra habilidad celebran todos en Lucrecia. Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos quanto nos sea posible para que no quede por nosotras que el Rey se dé por satisfecho. No podrá menos de quedarlo mucho, repliqué yo, viendo entonces á Lucrecia que venia de medio trapillo,

TOMO IV.

LL

llo,

llo, con el qual parecia cien veces mas agradada y mas linda que adornada con las mas sobervias galas de teatro. Quedará tanto mas pagado S. M. quanto es mayor su pasion á la música y bayle, como que ninguna otra cosa le divierte; ¿y quién sabe, añadí, si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion: porque no obstante de ser tan gran Monarca, pudieran acaso quedar desayrados sus deseos. Aunque Lucrecia se crió entre bastidores y las licencias del teatro, ama mucho la virtud; y bien que no la desagraden los aplausos en las tablas, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada y timorata que por baylarina, cantatriz, ni comedianta excelente.

Al oír esto tomó cartas en la conversacion la misma Lucrecia, y volviéndose hácia Laura, la dixo con mucha gracia: tia mia, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré yo en la dura necesidad de no contextar á los suspiros del Rey. La fineza de su Real y delicadísimo gusto le librarán del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido tanto que pusiese los ojos en mí. ¿Pero hermosa Lucrecia, la repliqué yo, si llegára el caso de que os entregase su razon escogiéndoos por su dama, seriais tan cruel que le dexaseis suspirar á vuestros pies como á un qualquier amante? ¿Y por qué no?

res-

respondió prontamente. Sin duda que lo haria así: pues (dexando á un lado la virtud) conozco que para mi vanidad seria triunfo mas lisonjero y aun mas glorioso haber resistido á su pasion, que haberme rendido á ella. No me admiró poco oír hablar de esta manera á una doncellita criada á los pechos y en la escuela de tal madre. Despedíme de las dos muy edificado de la primera, y aplaudiendo á la segunda por la buena educacion que habia dado á su hija.

Impaciente el Rey por ver á Lucrecia fue la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia con música y bayles, brillando en todo nuestra comedianta.

Desde el principio hasta el fin clavé los ojos en el Monarca, para ver si podia indagar por ellos lo que pasaba en su corazon; pero se burló de toda mi penetracion, mediante cierto magestuoso ayre de gravedad y seriedad que afectó constantemente hasta el fin: y así no supe hasta el dia siguiente lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dixo el Ministro, vengo del quarto del Rey. Me ha hablado de Lucrecia con expresiones tan vivas que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le habia dicho que fuiste tú quien la hizo venir de Toledo, mostró deseo de hablar privadamente contigo en este particular. Así, pues, parte á Palacio, preséntate á la puerta del quarto de S. M., donde ya hay

LL 2

or-

órden para que te dexen entrar: vé, pues, al instante, y vuelve luego á darme cuenta de toda la conversacion.

Volé al mismo punto al quarto del Rey, á quien encontré solo paseándose á pasos largos cabizbaxo y pensativo. Hízome varias preguntas acerca de Lucrecia, cuya historia quiso que yo le contase con la mayor menudencia, y quando la concluí me preguntó si aquella damita habia tenido algun galan. Respondí que no con toda seguridad y resolucion, sin embargo de conocer lo arriesgadas que son por lo comun semejantes aseveraciones. Siendo eso así, repuso S. M., desde luego te nombro por agente mio para con Lucrecia, y quiero sepa por tu boca el corazon que ha conquistado. Vé al punto á darla esta noticia, entregándola al mismo tiempo en mi nombre esta memoria mia. (Era un cofrecito lleno de preciosísimas joyas de valor como hasta mas de cinquenta mil ducados), y díla que la suplico acepte este corto regalo como prenda de otras pruebas mas sólidas que puede y debe esperar de mi afecto.

Antes de cumplir con esta comision pasé á ver al Conde Duque para darle cuenta fiel de todo lo sucedido con el Rey. Temia yo que aquel Ministro celebrase poco esta noticia, antes bien recelaba que le habia de inquietar mucho, porque (como ya dixé arriba) sospechaba yo que tenia sus miras y fines muy persona-

les

les hácia la niña, y por consiguiente le daría poco gusto tener al Rey por rival; pero lejos de desazonarle la noticia se alegró tanto con ella, que no pudiendo disimular su gozo, se le escaparon algunas palabras que yo no dexé caer en tierra. ¡Ah, Rey mio! (exclamó) ahora sí que te tengo seguro. ¿Te enamoraste? Pues desde este punto comienzan á llenarte de tedio el Gobierno y los negocios: apóstrofe que me hizo ver con claridad todo el manejo político del Conde. Conocí que le habia solicitado una diversion la mas conforme á su humor, para desviarle de la atencion á las cosas serias. Santillana, me dixo luego, no pierdas tiempo, vé quanto antes á obedecer la importante orden que te han dado; persuadido á que muchos cortesanos se gloriarian de que se les hubiese confiado á ellos.

De esta manera pretendia S. E. darme la píldora que tragué lo mejor que pude, mas no sin sentir un poco su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á ver las cosas por el lado de la religion y del honor; y el empleo de Mercurio en xefe no me parecia tan honrado como me lo querian persuadir. No obstante, aunque ya no era tan vicioso que le pudiese exercitar sin mucho remordimiento, tampoco era tanta mi virtud, que tuviese valor para no aceptarle. Obedecí, pues, al Rey con tanto mayor gusto, quanto ya estaba seguro de que no desagradaba en ello

ello al Ministro, á quien en todo y por todo deseaba complacer.

Parecióme convenienté hablar primero á Laura para quedar de acuerdo de todo entre los dos. Expúselá mi comisión en los términos mas moderados y mas decentes que me fue posible, concluyendo mi arenga con ponerla en la mano el cofrecillo de las joyas. A su vista, no pudiendo disimular su alegría, la dexó que saliese á explicarse por la boca con toda libertad. Señor Gil Blas, exclamó rebosando gozo; dexémonos de ceremonias y ficciones cortesanas, que serian muy impertinentes quando están hablando dos antiguos y finísimos amigos. Agraviaria mucho á nuestra amistad si me revistiera de una importuna severidad, haciendo melindres contigo. Sí por cierto (prosiguió ella): confieso que me faltan voces para explicar el gozo que me ha causado la noticia que me das de la preciosísima conquista que ha hecho mi hija Lucrecia. Concibo muy bien todas las grandes ventajas que puede traer consigo; pero (hablando entre los dos) temo mucho que la mire con ojos muy diferentes de aquellos con que la miró yo. Aunque es una comedianta y educada en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha despedido á dos Grandes Señores tan amables como ricos. Dirásme quizá que éstos no eran Reyes. Vengo en ello, y convengo tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la

vir-

virtud de Lucrecia. Con todo eso no puedo dexar de decirte que es muy incierta la cosa, como ni tampoco dexar de declarar que por lo que toca á mí no haré violencia á mi hija. Si ésta, lejos de considerarse favorecida por el afecto momentaneo del Rey, lo mira como mancha á su recato, no dudo que tan gran Monarca tendrá la generosidad no solo de no darse por ofendido sino antes bien de aplaudir un modo de pensar tan honrado en una doncellita de pocos años. Finalmente, añadió Laura, toma el trabajo de volver mañana, y entonces podré decir la respuesta que debes dar al Rey, ó favorable á sus deseos ó de reconocimiento á su soberana bondad, restituyéndole al mismo tiempo sus joyas y regalos.

A pesar de toda esta arenga de Laura tuve por sin duda que antes exhortaria á Lucrecia á que se olvidase de su deber, que á mantenerse en buenas máximas. Persuadido yo á esto contaba casi seguramente con el buen efecto de su patética exhortacion; pero al dia siguiente quedé grandemente sorprendido quando supe que habia costado mas trabajo á esta madre reducir á su hija á lo malo, que les cuesta á otras el inclinar las suyas á lo bueno. Creció á lo sumo mi admiracion, quando ví dentro de pocos dias que habiendo recibido Lucrecia algunas secretas visitas del Monarca quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente volvió las espaldas al mundo, y se encerró en un Convento, donde luego enfermó y murió á vio-

len-

lencia de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte inconsolable por la pérdida de la hija, de cuya muerte se consideraba rea por su desmesurada ambicion, se encerró en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus malogrados años. Afligió mucho al Rey el inopinado retiro de Lucrecia, pero como en su humor naturalmente inclinado á divertirse hacian poca mansion las pesadumbres, se fue consolando poco á poco. En quanto al Conde Duque afectó la mayor indiferencia é insensibilidad en este incidente, bien que no dexó de mortificarle, como facilmente lo creerá el advertido lector.

CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el Conde Duque á Santillana.

Por lo que toca á mí me llegó al alma la desgracia de Lucrecia, y fue tanto el dolor que concebí por lo que pude haber contribuido á ella, que teniéndome yo mismo por infame, no obstante la soberana y augusta elevación del amante á quien servia, renuncié para siempre jamas el caducéo; y declarando al Ministro la repugnancia que tenia á llevar en la mano un cetro ó baston tan vergonzoso, le supliqué me emplease en qualquiera otra cosa en que anduviesen de acuerdo el favor y la conciencia. Santillana; me respondió el

el Conde, grandísimo gusto me dá esa tu delicadeza; y en vista de tu honrado pundonor quiero darte una ocupacion que sea mas conveniente á tu christiano modo de pensar, y no menos noble que justa resolucion de proceder. Oye con atencion la confianza que voy á hacer de tí, y el no menos importante que decente ministerio que te quiero encomendar.

Algunos años antes de mi privanza con el Rey, ví por casualidad á una dama que me pareció bizarra, ayrosa y bella. Hice que la siguiesen, la observasen, y me informasen quien era. Dixéronme que era una dama Genovesa, llamada Doña Margarita de Espínola, la qual vivia en Madrid con las rentas de su cara y de sus prendas, añadiendo que cierto Alcalde de Corte, por nombre Don Francisco Valdeasar, viejo y rico, gastaba mucho con ella. Esto que al parecer debiera hacerme no pensar jamas en semejante muger, fue puntualmente lo que me irritó mas la gana de entrar á la parte en sus favores con el tal Don Valdeasar. Para contentar este capricho me valí de una famosa y experta vieja, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una secreta conversacion con la Genovesa, la qual fué despues seguida de otras muchas; de manera que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien tratados, gracias á nuestros regalos. Y quién sabe si quizá entraba tambien en la danza otro tercer galan que quizá fuese tan favorecido como nosotros dos?

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que Margarita en aquella confusion de cortejantes insensiblemente se hizo madre, y dió á luz un niño, de cuya paternidad pretendió en particular hacer honor á cada uno de sus amantes; pero como ninguno podia asegurarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos le renunciaron; de suerte que la Genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos. Duró esto diez y ocho años, al cabo de los cuales murió la madre dexando al hijo sin bienes, y lo peor de todo sin educacion.

Ahora entra la confianza que te quiero hacer, instruyéndote en el grande designio que tengo acá ideado. Quiero sacar de su nada á este pobre y desgraciado muchacho; y haciéndole pasar de un extremo á otro, elevarle á los mayores honores, y disponer que sea reconocido por hijo y heredero mio.

No me pude contener al oír un proyecto tan extravagante, y sin reparar en la desatencion de interrumpir su discurso, exclamé diciendo: ¡cómo, Señor! ¡Es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan extraña! Perdone V. E. á mi zelo una expresion tan impropia de su grandeza. Sosiégate, Santillana, me replicó no sin inmutarse algo, quizá te pareciera menos rara mi resolucion quando sepas las razones que he tenido para formarla. No quiero que sean herederos míos mis colaterales. Me dirás á caso que

no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener algun hijo en la Condesa de Valdeories. Pero cada uno se conoce á sí mismo; bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la chímia para volver á ser padre. Así, pues, ya que la fortuna supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho, del qual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo. La cosa está ya resuelta, y de un modo irrevocable.

Viendo yo que el Ministro estaba encaprichado en semejante adopcion, tomé el partido de callar, y dexé de oponerme á su proyecto sabiendo que era capaz de qualquier grande desacierto antes que desistir de una opinion concebida, ó de una resolucion ya tomada. Ahora solo se trata (prosiguió el Ministro) de dar una correspondiente educacion á Don Enrique Felipe de Namuzg, porque este es el nombre que ha de tomar hasta que se halle en estado de poseer los titulos y dignidades que le esperan. En tí, querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes; descuido enteramente en tu capacidad, en tu zelo y en tu amor sobre el cuidado y gobierno de su persona y de su casa. Tú le buscarás maestros correspondientes para que le enseñen todo lo que en materia de instruccion y de habilidades debe saber un perfecto Caballero. Quise negarme á la aceptacion de semejante empleo, representando al Conde mi amo que no podia en conciencia encargarme de un

ministerio en que jamas me habia exercitado, y que pedia verdaderamente mas luces de las que yo tenia, y tambien otra educacion, y aun otro nacimiento del que me habia tocado; pero luego me interrumpió, y me tapó la boca, diciéndome con toda resolucion, que absolutamente quería fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros cargos de la Monarquía. Fuéme, pues, preciso echarme á cuestras tan importante como difícil encargo por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi renta con una pension de mil escudos que me señaló sobre una Encomienda de la Orden de Montesa.

CAPITULO V.

Es reconocido auténticamente el hijo de la Genovesa por hijo del Ministro, baxo el nombre de Don Enrique Felipe de Namuzg; escoge Santillana los maestros y personas de servidumbre para este señor.

Con efecto tardó poco el Conde Duque en reconocer como hijo suyo al de Doña Margarita. Hizose esta adopcion por medio de instrumento público y solemne con noticia del Rey,

y con su Real aprobacion. Don Enrique Felipe de Namuzg (este fue el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) fue declarado único heredero del Condado de Valdeories, y del Ducado de Nacarlus. El Ministro para que viniese á noticia de todos dió parte de ello á los Embaxadores extrangeros y á la Grandeza, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo, y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar la hiel de su mordacidad.

Pregunté al Conde dónde estaba el señorito que S. E. quería fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo. Alquilé una buena y cómoda vivienda, adornéla con preciosos muebles, busqué pages y criados, escogiendo los que me parecieron mejor entre los pretendientes, y con el auxilio de Capori en breve completé la servidumbre, echando mano para ocuparla de los sugetos mas acreditados y sobresalientes. Quando todo estaba ya ajustado di parte á S. E., quien hizo venir al equivoco y nuevo bástago del gran tronco de los Namuzges. Presentóse á mis ojos un gran mozo de buena traza. Don Enrique, le dixo el Conde, señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para